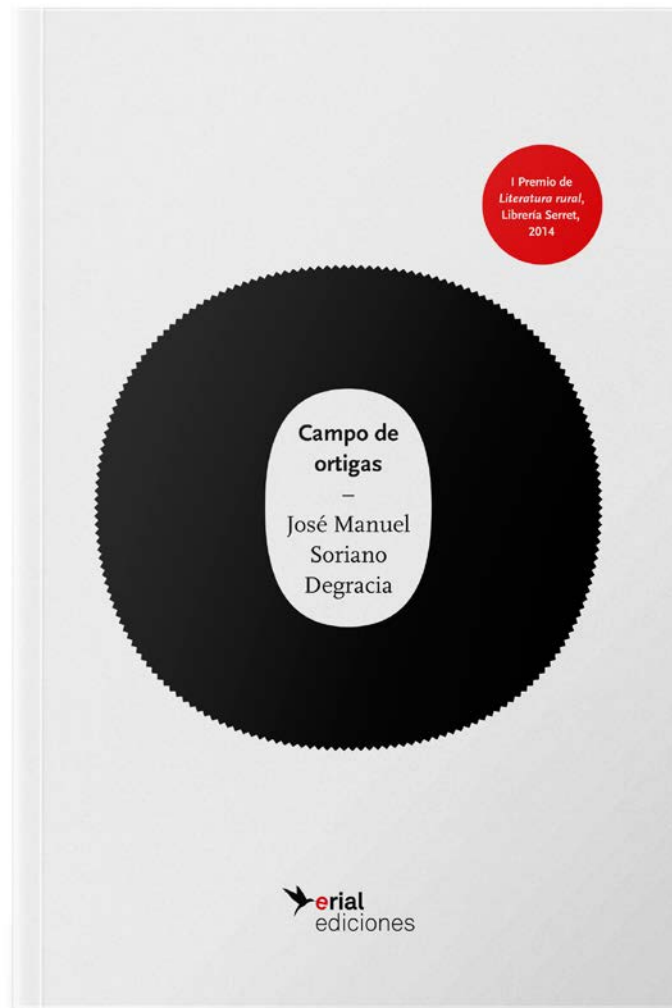


Reseñas

# El sueño de la palabra el viaje lírico de José Manuel Soriano

Juan Domínguez Lasierra

José Manuel Soriano Degracia; *Campo de ortigas*. Zaragoza: Erial Ediciones, 2015



El pensamiento que José Manuel Soriano pone al frente de su poemario *Campo de Ortigas* obliga a mucho: “La más común ceguera de este mundo es ver tan solo lo que todos ven”. Hay, pues, que ver un poco más allá de lo común, adentrarnos en nuevas formas de sensibilidad, para no participar de esa ceguera general de la que la verdadera poesía debería salvarnos. El poema introductorio de las tres partes de que se compone el libro apunta en esa dirección: “Llueve luz/ y el paisaje me

hace suyo”. El poeta nos introduce en dos elementos complementarios: Luz y paisaje. La luz es lo que hace visibles las cosas. Sin luz no habría paisaje, pero el paisaje necesita de la luz especial poética para descubrir en él lo que no se hace visible a una mirada común, menos exigente o creativa. El poeta parece ponerse ante un momento de iluminación interior, propio, intransferible: temor, dolor, vuelo, frío, el perfume del tiempo, la aparente felicidad... Esa iluminación interior que hace

posible el instante poético, el momento de inspiración, el alumbramiento de algo inesperado. Pero quien le tiende la mano es la tierra, la naturaleza, el paisaje. Un espíritu romántico pero enraizado en lo terreno, tal vez en esas ortigas del título del libro, en su simplicidad, en su austeridad, en su llaneza campesina, símbolo de lo telúrico esencial. Podemos equivocarnos.

La primera parte del libro, “Paseo”, se inicia con un poema que da título al libro, “Campo de ortigas”.

Otra obligación que se impone el poeta: resumir en un solo fragmento la totalidad de todo un texto. La dedicatoria nos conduce a lo esencial telúrico: “A mi madre y a la memoria de mi abuelo Cesáreo”. La raíz, el tronco. La búsqueda de aquella felicidad que proponía el poema iniciático está aún lejana: de momento, el paseo hacia ese propósito se inicia en la desorientación del camino, entre el miedo y el dolor, oscuridad y cenizas... Deberá someterse a un desnudamiento, desaparecer del mundo exterior, dejarse llevar por lo único que lo identifica: su nombre, que no quiere ser máscara, dirá en versos posteriores. Hay que salir de ese “campo de ortigas”, donde está perdido, de ese camino que hasta aquí le ha llevado, que tal vez sea el comienzo de otra realidad, de otra luz, de otro paisaje.

El camino nos lleva, de momento, a una casa en ruinas, de olvidos y soledad, de fruto de sabor amargo, el vacío. El poeta presagia una muerte, la del hombre antiguo, hemos de suponer, porque nuevas ramas crecen dentro de él, que en el tronco cortado del árbol escucha sus latidos. El agua, la fuente de lo creativo, hace que su piel sea otra, todo él empieza a ser en ese momento un “yo” ajeno que se desliza hacia un “yo” propio, y la vida existe para parecerse a quien la vive. El tiempo es ahora, las palabras viejas mueren ahogadas, el río (la vida antigua que sigue un mismo curso) pierde la memoria. El camino tiene otros destinos, los que nunca se pudieron cumplir, los que no tienen una ruta cierta y nos conducen a territorios inexplorados. En la cima está el refugio, el vértigo consiste en no soñar, la salvación en el sueño. Soñar es el fin del paseo, del viaje. Soñar es el viaje.

En la segunda parte, “Los mé-todos de la ausencia”, dos citas parecen proponer conclusiones contradictorias: Chanseddine apuesta por la confusión; A. Gracia, por la finitud de lo infinito. Entre el caos y el orden, parece querer sintetizar el

poeta, la promesa es perderse, para encontrarse en algún sitio, en otro sitio. El primer poema apuesta por la intuición, frente a la palabra helada. Resucitan, emergen tras la muerte, palabras perdidas, alfabeto que será iluminador cuando sean poseídas. Llegan voces del otro lado y los posibles destinos se vislumbran. Reitera que el viaje es soñar. Soñar, pero ¿con qué palabras? El poeta, desilusionado del verbo, se busca en los hechos, en otros hechos, deja de mirar atrás. Sin verbos no hay memoria, la verdad es una silla vacía. Tras la negación, los ladridos en la noche anuncian algo que no se ve, pero que está, el alma de lo incógnito. El poeta ya no busca caminos, solo viaje, y distancia. Vivir consiste en deshabitar las palabras, librarlas de la apariencia, ir a su otra realidad vital, a lo que las hace sueño, otra vida.

“Eres mi casa” es la tercera parte del poemario. El libro parece dar un quiebro y entramos, como anuncia el título, en la intimidad, en el “yo” personal, que no subsume el paisaje. Hemos abandonado el camino, o más bien el viaje, aunque no el sueño, que aquí ya parece identificarse con el amor, la música del nuevo verbo, porque besarte es escuchar el mundo. Un sueño en que el otro, el complementario, es el agua, el motivo creador, y el poeta es el árbol, que habrá de dar sus ramas y sus frutos. El buscador, enamorado, ha echado raíces, ha llegado a algún lugar. La luz no importa que se convierta en sombra, porque es una sombra común. En esta sombra aceptada surgen sueños en la noche dormida. El sueño de una ciudad inventada, a la que se quiere ir. Con el despertar, el sueño se olvida. Pero la sombra común se desvanece, el amor acaba, y ese vacío recupera el sueño olvidado, hace real la ciudad inventada, para no sucumbir en el vacío. Tal vez la nostalgia sea creativa, podría querer decir el poeta. Estamos en el andén del amor y el desamor: que apaga luces y las enciende. Invierno, ausencia, sole-

dad... Toda palabra es vaho, que solo el frío, el del alma, mantiene.

Hay un epílogo, que el poeta califica de “retrovisor”, esa mirada hacia atrás que el poeta no quería y a la que la necesidad le lleva y obliga. El paisaje, de nuevo, hace suyo al poeta, lo fagocita, porque la voz que le acompañaba ha enmudecido. Ha perdido la palabra, y la posible felicidad. Lo que le rodea lo vacía. Solo le queda volver al sueño como recurso último, aunque sea el lado equivocado de la vida, tal vez porque es mejor equivocarse que no vivir.

“Campo de ortigas” no es, como imaginábamos al principio, una búsqueda del paisaje esencial, sino el viaje de una soledad esencial. El poeta, desnudo de realidad, abandonado por ella, solo puede aspirar al sueño de la palabra nueva que lo habite. El destino tal vez fatal del poeta, de todo poeta.

José Manuel Soriano se expresa con una austera voz lírica, que nos conduce con calma por su itinerario íntimo, con palabra precisa e intensa, contenidamente dramática. En su “autorretrato del proceso” propone “mirar sin mirar, estar sin estar”. Y señala: “Qué dulce es el sabor de esa distancia/despoblada de huellas y de sombras/a la que uno se entrega sin saberlo/para ocupar el hueco que deja la razón”. Porque también hay razones poéticas que la razón no entiende.